



Fotografía: *Zonotrichia capensis*
Erik Camilo Gaitan Lopez
Licenciado en Ciencias Naturales: Física, Química y Biología
de la Universidad Surcolombiana.

EVOLUCIONISMO EN LA ESCUELA: DE LA REGENERACIÓN A LA REPÚBLICA LIBERAL (1880-1930)

Evolution in school: Regeneration of the Liberal Republic (1880-1930)

Leonardo Tovar Bernal¹

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2014
Fecha de aprobación: 20 de febrero de 2015

Resumen

El artículo que se presenta intenta aclarar, a partir del análisis de algunos textos representativos de la época, cómo las nociones relacionadas con la evolución se materializaron en los recintos escolares durante el dominio conservador de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, un poco antes de que el liberalismo retomara el poder en 1930. No es un estudio definitivo; menos aún, pretende agotar el tema. Delinea un panorama sobre la reacción, no pocas veces mordaz, que el evolucionismo y las explicaciones que no contemplaron la idea divina enfrentaron en el seno de una educación afectada profundamente por el dogma católico. También se intenta exponer la compleja situación de este asunto, pues, a pesar del dominio de las nociones influenciadas por el catolicismo, hubo un reducido espacio para aquellas resueltas por el evolucionismo, así como otras que conjugaban elementos de ambos, lo cual lleva a mostrar un escenario problemático, en el que el feudo religioso no fue absoluto.

Palabras clave:

Evolucionismo; escuela; catolicismo; ciencia; religión

Abstract

This article tries to clarify, based on the analysis of some representative texts from the time, the way that the evolution's notions were materialized on classroom during the conservative dominance of the late nineteenth and early twentieth century, before liberalism took power again in 1930. It is not a definitive study; much less, intended to exhaust the topic. It describes a scene about the reaction, not infrequently acrimonious, that evolution and those explanations did not contemplate the divine idea faced within education profoundly affected by Catholic dogma. It also tries to explain the convoluted situation of this case, therefore, although the dominance of notions influenced by Catholicism, there was a small space for those lessons solved to the evolution, as well as others that conjugated elements of both, which is to show a problematic situation, in which the religious feud was not absolute.

Keywords:

Evolution; school; Catholicism; science; religion

¹ Docente de la Universidad Minuto de Dios (sede Madrid, Cundinamarca) y del colegio Las Violetas I. E. D. Licenciado en Ciencias Sociales y magíster en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: leonardotovarbernal@yahoo.es

Este análisis se apoya en ciertos textos de la época que posiblemente estuvieron presentes en las aulas.¹ Su elección se debió a la coincidencia temporal con el periodo que va desde la Regeneración a la República Liberal, la circulación en los órganos de difusión oficial, su existencia en los archivos de las bibliotecas² y, naturalmente, a la relación de sus contenidos con el evolucionismo y la escuela. De modo que no se trata de una exposición concluyente e irrevocable, que pretenda cerrar la discusión y mostrar un panorama terminado, pues no se han revisado todas las fuentes y no se conoce con absoluta seguridad el grado de circulación de los textos abordados. Se trata de un trabajo que intenta reconstruir un posible escenario a partir de las reacciones surgidas de la incursión de nociones del evolucionismo y algunas ideas opuestas al catolicismo.

Desde el punto de vista metodológico, este documento intenta evidenciar el vínculo entre los contenidos escolares y el contexto político, intelectual y económico reinantes en una época. Así, el presente análisis se ajusta a las directrices de la “historia de los saberes escolares”³, cuyo enfoque se centra en demostrar que las lecciones enseñadas y las reconvenciones a determinadas ideas no son el resultado de la casualidad o del voluntarismo individual, sino del enlazamiento con unas circunstancias económicas e ideológicas concretas. Desde esta perspectiva, se verificaron ciertos documentos y textos de enseñanza de la época, los cuales mostraron una variedad importante de argumentos sobre la evolución; unos para impugnarlos, otros, para respaldarlos; aunque hubo algunos que intentaron mantener una posición neutral. Por supuesto, no se trató exclusivamente de un debate por el conocimiento, también concurrieron lo ideológico y lo político. El presente ensayo, entonces, intentará mostrar

algunas de esas impresiones a partir de lo que los escritos mostraron cuando se referían a la evolución, el ateísmo y las posiciones minoritarias que resaltaban las ideas de la ciencia, del mismo modo que las visiones que intentaron conciliar la ciencia con el texto bíblico.

El naturalista inglés y la ciencia evolucionista⁴

Parece totalmente absurdo, lo confieso espontáneamente, suponer que el ojo, con todas sus inimitables disposiciones para acomodar el foco a diferentes distancias, para admitir cantidad variable de luz y para la corrección de las aberraciones esféricas y cromática, pudo haberse formado por selección natural. Cuando se dijo por vez primera que el Sol estaba quieto y la Tierra giraba a su alrededor, el sentido común de la humanidad declaró falsa esta doctrina; pero el antiguo adagio de vox populi, vox dei, como sabe todo filósofo, no puede admitirse en la ciencia.

(Darwin, 1980, pp. 254-255)

Tras haberse alejado de él durante buena parte de la segunda mitad del siglo XIX, la retoma del poder por los conservadores era un hecho. Entretanto, los liberales hacían sonar sus últimos estertores, y resignaban sus ansias de ocupar nuevamente el solio dejado por Bolívar. El país se disponía para el amplio proyecto de gobierno que incorporó variedad de ámbitos, desde la economía y la administración, hasta la ideología; todos ellos, sintieron su vigor. El territorio se preparaba, entonces, para la Regeneración. La represión se reforzó a nombre del orden, el tribunal católico recuperó el control ideológico del Estado, lo reorganizó y lo puso a su servicio (Tirado, 1996). La Regeneración refundaba a la sociedad de acuerdo con un orden “conservador y católico”, en contravía con lo sucedido en gran parte de occidente, en donde se imponía el “modelo liberal laico” (González, 2006, p. 105). En este contexto se regulaba la educación en la escuela.

Hacia 1883, el ambiente político del país se inclinaba a favor de los conservadores, y ya el asunto del evolucionismo ocupaba su lugar en los textos que posiblemente transitaban por los recintos escolares o sirvieron de apoyo a los maestros. El libro de Langlebert (1883) es un ejemplo. Incluía un apartado sobre la teoría de Darwin para explicar el origen de los animales y las plantas. Era un debate que suscitaba “vivas discusiones” entre los

- 1 Es necesario aclarar los límites de las conclusiones generadas a partir de la revisión de los programas de los cursos y los textos escolares. Si bien son un material que contribuye enormemente a la reconstrucción de lo acontecido en las aulas, no son un retrato absoluto, pues, más allá de la normatividad oficial que regulaba su circulación, de alguna manera, se carece de la evidencia que demuestre que este material realmente sí fue utilizado por el maestro.
- 2 Por normativa estatal en Colombia debe reposar en la Biblioteca Nacional un ejemplar de cualquier libro publicado en el país (Peñaloza, 2014). Esta disposición adquiere relevancia para comprender por qué se localizan determinados títulos, pues el “énfasis o el silencio” con el que aparecen ciertos textos se corresponden con “una expresión ideológica” de un periodo de tiempo específico (Peñaloza, 2014).
- 3 Algunos autores que han aportado a este enfoque: Goodson, 1995; Álvarez, 2008.

- 4 La transcripción de algunas palabras conservan la escritura original de la época, por lo que en ciertos casos no se corresponderá con la ortografía actual.

naturalistas, escribía el autor francés. Por un lado, estaban quienes, como Linneo, Jussieu y Cuvier, fijaban a la especie como una forma inmutable, cuya naturaleza había sido siempre la misma. Por el contrario, Lamarck y Darwin concebían a los organismos como estructuras mutables que con el tiempo, y por la acción de diversas causas, se transformaban. La teoría de Darwin o de la evolución se sustentaba en dos hechos fundamentales: “la *lucha por la existencia ó competencia vital*, y la *selección natural*” (Langlebert, 1883, pp. 10-12)⁵. El primero producía transformaciones lentas en los ejemplares, por efecto de la competencia vital y la acción del clima, el alimento, el medio en general; el segundo arraigaba las variaciones con el concurso de la “transmisión hereditaria”. Tras profundizar un poco más en la teoría del naturalista inglés, y en los dos principios esenciales para explicar el transformismo de las especies, el escritor galo concluía que, “por seductora” que fuera, era imposible consentirla “aún” como una respuesta concluyente del “gran problema” del origen de las especies, pues se instituía en una “hipótesis” cuya “observación” no se podría comprobar “jamás”. Que el clima, el medio o la alimentación llegasen a modificar la especie era un “hecho incontestable”; pero que una “variedad” se convirtiera en una “especie propiamente dicha” a través de la “selección natural” tenía que confirmarse. No obstante, hasta el momento —finales del siglo XIX— no se había invocado “prueba alguna realmente cierta”.

Este lenguaje que parecía transitar por la neutralidad, y que concedía un espacio a la duda, se polarizaba —desde la orilla religiosa— durante la hegemonía conservadora. La Regeneración había comenzado, pronto se sentirían los efectos de la Constitución Política de 1886, y el poder dado a la Curia por el Concordato de 1887 habría de concommitar con la pluma guardiana de la legión católica. El debate surgido en la época sostuvo varios frentes y presentó diversas maneras; mas la mayoría apuntaron a una causa específica: defender la idea del “genio creador”. Uno de esos frentes fue el del evolucionismo y la teoría de Darwin. El naturalista inglés era objeto de la tinta que provenía de orillas contrarias; unas lo encomiaban, otras deseaban amonestarlo. Las estrofas de un poema loaban, con la combinación de nociones católicas y científicas, el genio del pensador europeo:

Gigante de la ciencia redentora, / Atleta del humano pensamiento, / Oh Darwin! tú que con robusto aliento / Del hombre escribes la primera hora! / Ya el Adán mitológico no llora / Del Paraíso el triste alejamiento; / Y fuerte el hombre y de verdad sediento

/ Mira el Edén en el futuro ahora. / Nuevo Moisés, tu génesis bendito / Es de una luz revelación sagrada, / Que en sus obras sin fin Natura ha escrito. / Ruede en el polvo el religioso mito: / El progreso es el fin de la jornada / Del átomo impalpable á lo Infinito!
(Restrepo y Becerra, 1995a, p. 563)

Desde la otra orilla, en un artículo que aparecía bajo el título de “Ley del progreso” (*El Porvenir*, 1892, pp. 203-209), surgían las reconveniones, y el lenguaje no era el mismo que el de Langlebert; aquí había un ataque manifiesto a la doctrina del pensador inglés. Para exteriorizar las inconsistencias de sus argumentos, se recurría no solo al campo específico de las especies, sino que se extrapolaban las conclusiones del científico europeo al ámbito social. Había de observarse, señalaba este documento, que la ley de la evolución perdía su acción en las sociedades civilizadas. Los pueblos débiles, lejos de ser “sistemáticamente destruidos por los fuertes”, o aniquilados por servir a los poderosos, no han desaparecido, sino que han mantenido “los tipos de condición inferior”. También el principio de la selección fue objeto de las críticas. Era “sumamente dudoso” que cualquier rasgo lograra transitar de padre a hijo cuando aquel no se encontraba “en germen” en el progenitor al momento del nacimiento.

Se trataba de una “desviación del darwinismo” que, el mismo Wallace, “el ilustre discípulo de Darwin”, había considerado. Tras estudiar el asunto, modificó la forma de entender los preceptos de la selección y la variación de las especies. Había que entenderlos de acuerdo a los progresos intelectuales y morales de la época, lo cual llevaba a concluir la necesidad de admitir “la intervención de alguna ley ó agencia, superior á aquellos principios”, colegía el artículo.

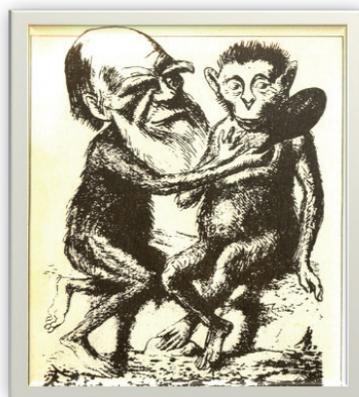


Ilustración 1. Caricatura decimonónica que ridiculiza a Darwin por suponer que el hombre descende del mono (Schussheim y Salas 2002, p. 34).

5 Cursiva en el original.

6 Poema de Emilio Antonio Escobar recopilado en 1886 por Rivas Groot.

Las críticas a la ciencia, o a una forma particular de ella, se hicieron presentes en muchos textos, cuya publicación en órganos oficiales de educación daban indicios de la orientación asignada por el gobierno a la instrucción pública. Proliferaron varios documentos que se comprometieron con este objetivo, en todos los niveles, desde la escuela primaria a la educación superior;⁷ empero, la mayoría, con la característica común de oponerse a aquellas ideas que descartaban o contradecían los principios religiosos. Las reprobaciones provenían de autores locales, apelando, en ocasiones, a los argumentos de escritores extranjeros.

Fue el caso del Marqués de Nadaillac (1896, pp. 17-47),⁸ quien exponía el asunto tajantemente. Lo que explicaba o descubría la ciencia era superficial, de segunda. Sin desconocer su progreso en el último tiempo, había que decirse con sinceridad sobre su “impotencia” al abordar “los grandes problemas de la naturaleza y la vida”. El talento de los hombres de ciencia no ha pasado de dar cuenta de “causas secundarias”. Los principios originarios estarán ocultos por un “velo impenetrable”, que sobrepasaba la inteligencia de los hombres. “Parece que Dios hubiera dicho al hombre: ¡De aquí no pasarás!”. Acaso podría el género humano deslumbrar con su ingenio, y maravillarse a su raza con grandes cosas, mas no quebrantaría jamás “los límites fijados por la Eterna Sabiduría”. Esto no admitía ninguna discusión, hacía entender el escritor francés.

No se trataba solo de una disputa en el campo del conocimiento, llegaba a otras esferas, las de lo social, las del establecimiento moral. La ruina moral de la nación y el aumento progresivo de la criminalidad eran una consecuencia de la ciencia, de esa ciencia que se olvidaba de Dios y abrazaba el evolucionismo. Nada más había que observar a los niños suicidándose, el patriotismo feneciendo, las abominables pasiones descollando y “el alma del pueblo abatirse bajo el materialismo que aumenta”.

7 La crítica de Miguel Antonio Caro (1887, pp. 47-90) al escritor Jorge Isaacs por sus posturas evolucionistas es muy representativa. Este asunto también es tratado por Olga Restrepo y Diego Becerra (1995a).

8 Este documento es una fuente importante para entender la discusión entre religión y ciencia; sin embargo, su objetivo primordial no es el debate en la escuela, sino el filosófico e intelectual. Un espacio bien documentado, principalmente, por los trabajos de Olga Restrepo (1986, 2009) en colaboración con Diego Becerra (1995a, 1995b) que, a partir de la consideración de elementos de la historia natural, la biología y el darwinismo han retratado el curso que las ideas relacionadas con la ciencia encontraron en círculos religiosos, políticos e intelectuales del país.

Para impugnar esa ciencia sin Dios había que atacar sus principios y sus manifestaciones —naturalismo, positivismo, agnosticismo, empirismo, materialismo, panteísmo—. Spencer, Tyndall y Huxley eran apenas unos cuantos que habían generalizado estas doctrinas por la Inglaterra toda, cuya esencia compartían más allá de las diferencias que las separaban. Estrechamente las unía el cordón umbilical de la duda y la negación; una desconfianza de lo que no se corroboraba con los ojos de los hombres, un escepticismo sobre el cual no se podía arbitrar con la humana inteligencia. Doctrinas incrédulas que ambicionaban “cubrir las llagas de donde la religión se ha retirado”. Uno de esos casos era el de la teoría de la evolución. El más simple escrutinio demostraría que ni la moral, la inteligencia, el arte o el esplendor de la naturaleza pudieron “salir de la evolución”, mucho menos de una “feliz casualidad” como la de la selección natural. Esta no traía ningún adelanto en las ideas ni ningún goce para el hombre, era una cierta moda que en unos años desaparecería, del mismo modo que “ninguna de nuestras mujeres querría llevar en 1895 los sombreros ó los trajes que se admiraban ahora diez años”.

Para el Marqués el naturalismo no era un sistema novedoso, su germen ya brotaba en Epicuro y Hume, aunque hoy los “secuaces de Hume” han llegado “más lejos que su maestro”, al argumentar la probabilidad de que el método científico lo pudiera comprobar todo; aunque, como se sabe, era insuficiente para sustentar cualquier sistema filosófico y dar cuenta de la realidad. Que el naturalismo hubiera tomado “prestadas” conclusiones y conseguido algún crédito por apoyarse en máximas científicas universalmente aceptadas se constituía en desaciertos de poca monta, meros incidentes. Mas lo “verdaderamente odioso” era que a nombre de trabajos ajenos a sus dominios y de triunfos en los que no tenía participación osara imponerse sobre las demás creencias: “¿Y quién prestaría la menor atención al naturalismo, si no se nos presentase bajo la librea de la ciencia, y si no reclamase el derecho exclusivo de hablar en nombre de la ciencia?”. Esta doctrina significaba poco, y sus premisas no complacían la inteligencia ni las ambiciones del hombre.

En un momento en el cual algunos documentos escolares presentaban las nociones de la enseñanza objetiva, cuyos fundamentos se orientaron en la observación y

9 El Marqués de Nadaillac (1896) señalaba los argumentos del libro Fundamentos de la creencia, de Arthur Balfour, “uno de los oradores más eminentes del partido conservador de la Cámara de los Comunes”. Al referirse a las tendencias criticadas decía que: “Confunde bajo el nombre de naturalismo el positivismo, el agnosticismo, el empirismo; yo agregaría el materialismo y el panteísmo”.

otros principios del método científico,¹⁰ en el texto de Nadaillac (1896) se colocaba en duda la efectividad de la filosofía empírica y la observación como instrumento de la ciencia. La observación, base de aquellas doctrinas, se erigía en cuestión discutible, pues en el mundo había muchas observaciones falsas que descansaban en la ilusión. Se trataba de un imposible que sobre los espejismos se elevaran las premisas de la ciencia, que tan solo las sensaciones fundaran las conclusiones del hombre; que los sonidos captados por los oídos, los cuerpos percibidos por los ojos y los objetos asidos por las manos constituyeran el principio del conocimiento de la razón humana.

Con todo, se reconocía un conflicto entre ambos sistemas de pensamiento. La teología, por un lado, daba cuenta de las “verdades de orden superior”; por su parte, la ciencia solo se fundamentaba en la evidencia. Se trataba de una disputa tan duradera como la vida misma. El autor francés, al respecto, argumentaba que ante los “incontestables progresos de la ciencia” no había lugar a las respuestas baladíes de ambos bandos; quienes defendieran la causa del dogma, debían ostentar argumentos del más alto nivel, de aquí la reprimenda del escritor galo a sus compañeros de lucha. En definitiva, no había más alternativa que reconocer “que las verdades proclamadas por la ciencia no son más que paradojas”, “somos nosotros los hombres del progreso, son nuestros adversarios los que se muestran singularmente atrasados en su inteligencia y en su ciencia”.

Si bien se trataba de un texto que se refería a la discusión particular en Inglaterra, no puede verse la traducción y publicación, en el aparato de difusión oficial sobre asuntos educativos, como una “feliz casualidad”. El hecho de que apareciera en la *Revista de la Instrucción Pública* debe ofrecer una perspectiva sobre la importancia del debate, así como de la orientación ideológica plasmada por quienes controlaban los órganos de divulgación; sin embargo, los señalamientos consignados en este texto no deben tomarse como conclusiones definitivas sobre

10 Johonnot (1893, p. 212) señalaba que el sistema objetivo de enseñanza era parte de un procedimiento en el cual sobresalía la observación, la comparación, la asociación por medio de semejanzas y diferencias, y el descubrimiento de leyes, estableciéndose como un proceso inductivo de aprendizaje. En este sistema fue fundamental que el conocimiento se adquiriera a través de la percepción de las cualidades de los objetos o del resultado de las relaciones entre estos. Se hablaba de la verificación de leyes en los campos objetivo y subjetivo, y era necesario practicar un escrutinio que condujera hasta “las últimas verdades”, que encaminara, en cualquiera de los casos, a una lección objetiva. Se aceptaba que a la naturaleza la regían leyes, y cuanto más se investigaban sus fenómenos, más se comprendían las leyes que los determinaban (Tovar, 2013).

lo que acontecía en esta materia, sino como indicios que pueden contribuir al entendimiento general del problema.

Entre ateos y evolucionistas

No pocas veces quienes seguían las nociones evolucionistas fueron considerados ateos, de ahí que cuando se atacaba a estos, en el fondo, se acometía contra las ideas de Darwin. Pero, ¿quiénes merecían el rótulo de ateo? Los había escritores, oradores, profesores, sabios y “seguramente los tontos” (“A propósito del ateísmo”, 1907a, pp. 484-486) que, con unas pocas palabras, hartó sonoras — naturaleza, conciencia, ideal—, y cuyo significado desconocían, procuraban encubrir su incapacidad y darle una certeza inexpugnable a su ciencia y sus discursos. Se equivocaban aquellos que consentían su veracidad. No había más que interrogarlos para demostrar que no sabían qué contestar. Habría que ver con ejemplos los absurdos, las contradicciones y la lamentable y funesta charlatanería de estos ateos.

En su “Diccionario filosófico”, proseguía el artículo, el librepensador Voltaire interrogaba a la naturaleza sobre quién la hubo creado, y esta le contestaba que no lo sabía, que mejor era preguntárselo a quien la concibió. “Nuestros ateos” podían llegar a decir todavía menos. Nuevamente, había que averiguar sobre la naturaleza, pero no a un analfabeto cualquiera, sino a un maestro o persona bien educada. “Siete veces sobre diez oiréis contestaros con aire desdeñoso, convencido [...] embarazado”, que no había nada que se alzara con tanta claridad, porque la naturaleza era lo que se encontraba a nuestro alrededor, el medio al cual todos pertenecían.

Se le podía poner en evidencia en otros campos. Se le indagaba acerca del origen del hombre, la vida, la tierra, el universo, y “nuestro ateo”, para no guardar silencio, le endilgaba el asunto a la evolución y a la agitación “eternamente” de los átomos. Pero cuando aquel recurre al “majestuoso adverbio” de la eternidad era porque no tenía nada que hacer en la conversación, e inevitablemente debía “marcharse con la actitud de quien está convencido de haber llevado la peor parte”.

El asunto parecía no terminar allí. En el siguiente número de la *Revista de la Instrucción Pública* se proclamaba la continuación del artículo sobre el ateísmo (“A propósito del ateísmo”, 1907b, pp. 616-619). Los sabios ateos en su campaña contra Dios pretendían deshacerse de Él, mas poco podían impedir la “humillación de pedirle socorro”, pues jamás podrían explicar claramente la naturaleza del universo. Estarían siempre atrapados entre lo absoluto y lo relativo, y definitivamente no podrían salir avante de ese laberinto. Necesitarán, para rebasar la confusión, la idea

de un Creador, y la noción de Dios reaparecerá una y otra vez. El orden observado en la naturaleza y el universo no pudo ser obra de la eventualidad, de la evolución.

Se exigía a Dios, y el ateísmo no hallaba lugar, concluía el documento. Muchos escritores habían argumentado a este respecto y, por baladíes que fueran sus razonamientos, no encontraron refutación, tan siquiera vieron disminuidos sus señalamientos. De ello hablaban los ejemplos brotados de las plumas defensoras de la Suprema Voluntad. Piénsese en una estatua descubierta en un desierto, y a un Fénelon, el teólogo católico francés del siglo xvii, interpelándose sobre qué se pensaría de alguien que se atreviera a testificar lo siguiente:

Ningún hombre hizo esa estatua. Verdad que está hecha conforme al gusto más delicado y á las reglas de perfección artística, pero es simplemente una obra de la casualidad. Entre tantos trozos de mármol como se formaron en el mundo hay uno que se formó así por propia virtud; las lluvias y los vientos la desentrañaron de la montaña, y una tempestad violentísima la irguió así sobre su pedestal. Es un simple juego del azar. (“A propósito del ateísmo”, 1907b)

Unos diez años después, superada la primera década del siglo xx, y bajo la legislación conservadora, aparecía, con un estilo semejante, en principio, al lenguaje moderado expuesto por Langlebert, el *Programa de lógica y antropología* (Restrepo, 1915).¹¹ Sin embargo, al avanzar en la explicación del origen del hombre, desplegando los rudimentos evolucionistas y creacionistas, y conforme se sucedían los párrafos, emergía la locución mordaz de sus predecesores, aunque no con la misma intensidad. Las aclaraciones sobre el origen del género humano se escindían en dos grandes tendencias: “la *transformista* y la *creacionista*”.¹² La primera colocaba al animal racional como un producto del progreso de organismos inferiores, ideas planteadas en un inicio por Lamarck y desarrolladas por Darwin y Haeckel. Spencer las extendió a las demás formas “con el nombre de *evolucionismo*”. Se fundamentaba en las similitudes del humano y el mono, el influjo del medio en la cambio de los organismos, la prevalencia de los más fuertes a partir de la lucha por la existencia y una predisposición natural de los individuos a la variación. Si bien, era posible que “la influencia de la selección natural y de la lucha por la vida” se alzara como ley de la

naturaleza, la experiencia había confirmado “que esas influencias son fatales y que no alcanzan a transformar sino a modificar las especies”.

Se desplegaban las razones para oponerse al evolucionismo. Se reconocía que el ambiente, la disputa por la existencia y la selección natural generaban transformaciones en los organismos, mas eran de carácter accidental y prescindible. El ser conseguía mejorar o empeorar tal o cual propiedad, empero no podía renunciar a “ser lo que es” y llegar a “ser otra cosa”; un vegetal podía modificarse pero nunca dejaría de ser una planta. Acontecía lo mismo con los humanos y los animales; estos jamás se transformarían en los primeros, así mejoraran su sensibilidad, su velocidad o la habilidad para realizar ciertas tareas, porque estas capacidades concernían al reino de lo concreto y material, es decir, no llegarían a ser aptitudes humanas como la voluntad libre y la inteligencia, pertenecientes al mundo de lo abstracto, de lo inmaterial.

Era posible pensar, entonces, que el “hombre ha sido creado en su especie desde un principio”, así lo indicaban las pruebas suministradas por la experiencia y la razón. La experiencia había demostrado que los evolucionistas no hallaron el espécimen intermedio que conectaría al simio con el humano actual, y ciencias como la paleontología y la historia señalaron que desde lo más remoto de su pasado las características esenciales que hacen al humano un ser especial se han mantenido inmodificables. Las pruebas de la razón, por su parte, se sustentaban en la inmutabilidad de la esencia, “como se demuestra en [la] ontología”, porque la condición de los animales era una, la del hombre, otra muy diferente; las separaba un gran abismo, y la de este último prevalecía sobre la de aquel, pues poseía racionalidad; *ergo*, no podía “la una transformarse en la otra”.

Tanto “sensualistas” y “utilitaristas”, cuya doctrina ensalzaba el placer como fin de los hombres; como los evolucionistas, que explicaban lo existente como un producto de la necesidad, en la cual las causas finales no existían, se han opuesto a la tesis de que el “fin del hombre” era “conocer y amar a Dios en cuanto Dios se revela en sus obras”, así, estas fueran “niños, imbéciles o locos”.

Resuelto el asunto de inmutabilidad y habiendo desnudado las incoherencias del evolucionismo, el autor del texto se proponía demostrar la creación de la vida por un Ser Superior. Había un principio probado por la biología en el que los organismos vivos derivaban de otro ser vivo. Como los materialistas no pudieron sostener la suposición de la generación espontánea, ya que los ensayos de Pasteur, y otros hombres de ciencia, la dejaron sin fundamento, y que la conjetura de que la vida llegó del espacio

11 De los documentos revisados, este texto de enseñanza era el primero que colocaba la explicación del origen del hombre en términos de evolucionismo y creacionismo. Este autor, además de rector de la Universidad del Cauca, fue el “pedagogo oficial del régimen conservador” (Saldarriaga, 2004, p. 152).

12 Cursiva en el original.

estaba sin comprobar, no existía “otra hipótesis admisible” a la que señalaba que los “seres vivientes fueron creados directamente por Dios”.

Hacia 1920, unos treinta años después de haber sido nombrado ministro de Instrucción Pública bajo la presidencia de Miguel Antonio Caro, hecho que lo posicionó como activo participante en el debate, el sacerdote Carrasquilla parecía conservar el eco de una voz defensora de la lógica devota. En cuanto tal era referido por otros autores que, como Joaquín Antonio Uribe (1920),¹³ materializaban las críticas a la ciencia irreligiosa y evolucionista en las lecciones de los textos escolares.

Citaba cómo, el también rector de la Universidad del Rosario, colocaba a las ciencias naturales y físicas en la capacidad de enseñar hechos y teorías. Así, aquellos se encontraban al alcance de cualquier “entendimiento despejado”; estas necesitaban elaborados conocimientos filosóficos, una condición para juzgar y escogerlas. El autor del libro de texto señalaba la relevancia de tales cimientos filosóficos para reconocer lo verdadero de lo imaginario, algo que distinguía a las teorías evolucionistas promulgadas por Ernst Haeckel y Charles Darwin. La diferenciación era trascendental. Quien la aplicara evitaría colocar al autor inglés, “que cree en Dios” y daba fe del misterio de la creación y exponía su doctrina tan solo como una hipótesis, al mismo nivel de su discípulo alemán y de otros que prescindían de la idea del Todopoderoso. Era tan enorme la equivocación que, apelando a la perennidad del átomo, enseñaban las concepciones transformistas como lo definitivo en materia científica, como la “última palabra de la ciencia”. Aquí, a Darwin, al contrario de las críticas emanadas desde los párrafos de la “Ley del progreso” (*El Porvenir*, 1892), se le encomiaba y se le guarnecía de quienes deseaban soslayar su devoción al Creador.

Corpúsculos en el universo

Pocas veces en los manuales escolares se hallaron apreciaciones que no estuvieran cargadas de críticas a quienes representaran ideas distintas a las religiosas; menos aún, si ocurría en los dominios celosamente vigilados por la Iglesia, de ahí el interés de enunciarlas. En las últimas páginas de un libro de texto (García, 1912) se promocionaban algunas obras que, como en ciertos ejemplares de la época, eran de interés para los editores. Se trataba de la *Educación intelectual, moral y física* de Spencer, el “gran pensador y filósofo del siglo XIX”. Se decía que esta edición era la más autorizada, por haber sido preparada y promovida por el “famoso filósofo”. Una apreciación

¹³ También se referenciaba esta idea en el trabajo de Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997).

importante, pues en este tiempo no cualquiera impulsaba y reconocía la obra de un autor tan molesto para las jerarquías católicas. Sin ir más allá, en el prólogo de 1920 que D. Irurita hacía al texto de Ramón Barona (1900) se reclamaba una explicación evolutiva de las especies: “Habríamos deseado que el autor de este epítome lo hubiese iniciado con algunas nociones sobre el origen verdadero y científico del mundo natural; pero llegamos tarde para la hora del consejo, cosa que lamentamos”.

En un documento de Bruño (1926a), cuando se estudiaban las formas vivientes e inertes de la tierra, se esgrimían nociones y conceptos que se acercaban a la perspectiva evolucionista, sin que el autor se resolviera definitivamente por una posición materialista y contraria a la religión.¹⁴ Se señalaba que los había “brutos o inorgánicos”, como las rocas y los metales; de aquellos, “vivos u orgánicos”, como los animales y las plantas. El ser vivo presentaba dos características esenciales: la nutrición y la evolución. La planta cuando consumía a través de sus raíces los “principios asimilables” provenientes del suelo estaba fortificando su existencia; lo mismo hacía el animal al comer las sustancias que lo mantenían. Todo ser aparecía en un momento determinado, y por la fuerza de la nutrición se desarrollaba y conseguía cierta estatura conforme a la especie. En este estado perduraba por unos años hasta que, paulatinamente, por el curso inexorable del tiempo, iba decayendo hasta morir. “Este conjunto de actos se denomina evolución vital y es propia de los seres orgánicos” (Bruño, 1926a, p. 6. 00).

En otro texto de Bruño (1926b), se enseñaba que la clasificación zoológica servía para agrupar a los animales de acuerdo a sus características y a la importancia de estas —sistema nervioso, miembros, huesos, dentadura, etc.—. Se encasillaban en “tipos, clases, órdenes, familias, tribus, géneros, especies, individuos”. El “individuo” se constituía como un organismo diferente y apartado, imposible de “dividirse sin producirle desórdenes graves y á veces la muerte”; ejemplos de ellos eran el cangrejo, el caballo o el conejo. La “variedad” era formada por uno o varios individuos, diferenciados de otros integrantes de su familia por atributos especiales como la estatura, el color, etc.; verbigracia, el gato Angora o el ratón blanco. La “raza” estaba conformada por un grupo de individuos que continuamente engendraban las propiedades de una “variedad primitiva”, entre estos, los caballos árabes o la “raza humana negra”. La “especie” reunía a los individuos con características propias, perpetuados a través de la “generación con los mismos caracteres”, pero sujetos a modificaciones, con lo cual se producían las variedades y

¹⁴ En este y otros textos (Bruño, 1963) el autor manifiesta su consecuencia con las ideas católicas.

las razas. Eran especies heterogéneas el conejo, el perro y el lobo, y las diversas “razas humanas” pertenecían a una misma especie: la humana. El “género” reunía las especies con características comunes, mas no iguales: el zorro y el perro integraban el género “Perro (*Canis*)”. La “familia” congregaba entre sí a los géneros similares, conforme a algunas características sobresalientes. El “orden” era un conjunto de géneros o familias. La “clase”, a su vez, se constituía por varios órdenes. El “tipo”, finalmente, era el “conjunto de todas las clases animales que corresponden á una misma agrupación general”.

Fueron estas manifestaciones ahogadas en el océano de impresiones que respaldaban el asunto religioso, semejantes a los millones de corpúsculos que conforman el universo. Un número reducido de expresiones que, posiblemente, en la escuela y en algunos libros de texto, surgieron en un tiempo en el que fueron comunes las admoniciones a la ciencia evolucionista y sin Dios, y, que por lo tanto, pueden entenderse como apariciones limitadas que no deben considerarse concluyentes.

Evolución en el Génesis

Durante la revisión de algunos documentos de la época surgieron enseñanzas con una clara orientación religiosa que denostaban de la idea evolucionista. Otro tanto ocurrió, si bien en un volumen mucho menor, con las que, desde la ciencia, y acudiendo a elementos de la evolución, aleccionaron a los estudiantes que asistían a las aulas. En lo fundamental, se distinguieron dos formas de revelar las lecciones, aunque ninguna de las fuentes presentó un acomodo absoluto hacia la religión o la ciencia, desde el punto de vista de las explicaciones. Se sucedieron de acuerdo al tema, incluso, en una misma temática, asomaron ambas. Sin embargo, en los textos fue posible delinear un tercer modo de emprender los hechos, menos constante que aquellas, una suerte de sincretismo entre la religión y la ciencia, una asociación cuya exposición de las temáticas incorporó abiertamente elementos de las dos.

La explicación de lo sucedido en los reinos animal y vegetal, resumía la *Historia Natural* de Langlebert (1883), se fundaba “sobre todo en las ideas reinantes actualmente acerca de la *evolución* incesante y progresiva de los animales y vegetales”,¹⁵ cuya acción mostraba cómo la fuerza del medio establecía el origen de los organismos, y, cuando aquel sufría cambios, generaba modificaciones en la especie, llevando a que esta se adaptara favorablemente al nuevo entorno. Todos los organismos se constituían de materia, y la materia viviente se encontraba dominada

por una “ley de perfeccionamiento continuo”, en la que su progresivo desarrollo en la historia de la vida ha originado infinidad de estructuras animales y vegetales. La materia se hallaba, entonces, sujeta al mandato de la atracción universal, que gobernaba a los astros, y su invocación se constituía como un principio insoslayable para explicar la mayoría de hechos físicos; no obstante, es de entero conocimiento que aquellas “dos grandes leyes, obra del Criador, rigen el Mundo”.

En este texto la sinergia entre evolución y dogma se hacía explícita. Tras mencionar el “terreno diluviano”, se explicaba el tránsito evolutivo del hombre por las diferentes eras de una manera muy propia de las disciplinas científicas encargadas de la historia de la humanidad. En adelante, se hablaba de cómo pasó de la “edad de la piedra pulimentada” a la del bronce y de allí a la del hierro, “uno o dos siglos ántes de la conquista romana”. El análisis se basaba en la geología, pero se concebía al hombre como un ser perteneciente a un “reino aparte en la creación”.

En otro libro del autor francés (Langlebert, 1907) se señalaba que en “las capas del diluvio” se hallaron restos de los hombres relacionados con las armas y los artefactos utilizados en tiempos anteriores: “Se han descubierto fósiles humanos en gran número de grutas ó cavernas, tanto en Francia como en toda Europa, que habían sido segadas por el diluvio ó por derrumbes”.

Langlebert (1907), nuevamente trataba las características primordiales de la “doctrina del ilustre naturalista inglés”, concluyendo sobre la posibilidad de aceptar los argumentos darwinistas para las especies; empero, en cuanto al género humano, era improbable establecer algún tipo de transición evolutiva, por lo cual había que aceptar la “definición bíblica” de que “Dios crió al Hombre á su imagen”. Langlebert aparentaba tomar una posición más neutral en la discusión, o por lo menos, parecía esperar demostraciones más concluyentes sobre la teoría de la evolución; mientras tanto, aceptaba la “definición bíblica”. Una actitud que, según el material examinado, no fue la más generalizada, pues aquellas más denodadas por la causa religiosa posiblemente gozaron de un mayor despliegue en las aulas.

Consideraciones finales

En la revisión de los documentos que probablemente circularon por las aulas de la escuela, y que pudieron servir de material de apoyo para los docentes, es posible señalar que ninguno de ellos presentó de modo absoluto los principios de una de las partes. Sin desconocer que las relativas al dogma católico quizás disfrutaron de mayor

¹⁵ Cursiva en el original.

prestigio, incidencia y propaganda,¹⁶ en comparación con las que incluían ideas evolucionistas. Así mismo, es factible que las explicaciones que contenían algunas nociones evolutivas encontrarán una fuerte resistencia en los recintos escolares. Se manifestaron en las admoniciones que desde la religión se hicieron a los principios evolucionistas, así como en aquellas ideas emanadas de las lecciones que parecían compaginar con los fundamentos de Darwin, pero, que, quizás por el ambiente intelectual y político de la época, no mostraban una explícita resolución; se sentían atraídas por las ideas del naturalista inglés, mas asumían una posición expectante e irresoluta.

La cuestión de la educación secular y la instrucción de la ciencia evolutiva y sin Dios continuó generando escritos en su contra. Habían pasado casi cuatro decenios de la retoma católica de la enseñanza. Aún el debate merecía ciertas líneas, y algunas reprimendas. Resurgía el dominio de los liberales, ocupaban la ya bautizada Casa de Nariño y, como hace más de cuatro décadas les sucediera, por allá en los tiempos de Núñez y la Regeneración, los últimos estertores, esta vez los de los conservadores, parecieron silenciarse. En definitiva, podría decirse que, sin desconocer los vapuleos católicos, el asunto del evolucionismo y la ciencia en la escuela, y, por qué no, también en otros campos, estuvo mediado por una “serie de filtros” que complejizaban la situación. Por un lado, se admitía el “dogmatismo y la autoridad doctrinal de la Iglesia católica”, por el otro, se aceptaba la “modernidad científica”, sus “medios técnicos” y “progresos científicos”, mas no sus “fines éticos últimos”, que para la intelectualidad católica de la época, no eran otra cosa que el “laicismo y el materialismo” (Saldarriaga, 2004, p. 159). Sin duda, parte de esta complejidad tuvo presencia en las lecciones enseñadas y en la posición asumida frente al evolucionismo en la escuela.

Referencias

- Álvarez, A. (Agosto 12-16, 2008). *De las relaciones entre disciplinas científicas y saberes escolares*. Ponencia presentada en el IV Congreso Colombiano de Historia, Tunja. Extraído el 12 abril, 2013, de <http://faceducacion.org/posgrado/sites/default/files/Ponencia%20Alejandro%20Alvarez%20Gallego.pdf>
- A propósito del ateísmo (1907a). *Revista de la Instrucción Pública*, 5.
- A propósito del ateísmo (1907b). *Revista de la Instrucción Pública*, 6.
- Barona, R. (1900). *Lecciones de historia natural: arregladas para las escuelas elementales*. [7.ª Ed.]. Bogotá: Lib. Colombiana.
- Bruño, G. M. (1926a). *Compendio del curso elemental de historia natural é higiene*. París: Librería de la Vda. de Ch. Bouret.
- Bruño, G. M. (¿1926? b). *Historia natural*. París: Procuraduría General.
- Bruño, G. M. (1963). *Historia sagrada: antiguo y nuevo testamento; curso elemental ilustrado*. Medellín: Bedout.
- Caro, M. A. (1887). El darwinismo y las misiones. *Revista de Instrucción Pública*, 60, 47-90.
- Darwin, C. (1980). *El origen de las especies*. Barcelona: Editorial Bruguera.
- El Porvenir (de Cartagena) (1892). Ley del progreso. *Anales de la Instrucción Pública*, 116, 203-209.
- García, J. (trad.) (1912). *Nuevo manual de enseñanza objetiva*. Nueva York: D. Appleton y Compañía Editores.
- González, F. (2006). *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado-nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín: La Carreta Editores E. U.
- Goodson, I. (Mayo-agosto, 1995). La construcción social del currículum. Posibilidades y ámbitos de investigación de la historia del currículum. *Revista de Educación*, 295. Extraído el 13 de abril, 2013, de <http://www.mecd.gov.es/dctm/revista-de-educacion/articulosre295/re29501.pdf?documentId=0901e72b813577e4>
- Johonnot, J. (1893). Enseñanza objetiva. *Revista de la Instrucción Pública*, 3, 212.
- Langlebert, E. (1883). *Historia natural*. México: Ch. Bouret.
- Langlebert, E. (1907). *Historia natural: anatomía y fisiología animales, anatomía y fisiología vegetales, geología y paleontología, higiene*. México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret.
- Marqués de Nadaillac (1896). Fe y ciencia. *Revista de la Instrucción Pública*, 25.
- Peñaloza, G. (Septiembre 3-6, 2014). *El darwinismo en los manuales escolares de Colombia*. Ponencia presentada en el IV Congreso Nacional de Investigación en Educación en Ciencias y Tecnología Educyt, Manizales IV Congreso Colombiano de Historia, Tunja.
- Restrepo, M. (1915). *Programa de lógica y antropología*. Bogotá: Arboleda & Valencia.

16 En otras investigaciones (Peñaloza, 2014) se concluye que hasta 1960 la mayoría de los autores de manuales escolares provenían de las filas del catolicismo.

- Restrepo, O. (1986). El tránsito de la historia natural a la biología en Colombia. 1784-1936. *Revista Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, 10 (3, 4).
- Restrepo, O. (2009). El darwinismo en Colombia: Visiones de la naturaleza y la sociedad. *Acta Biológica Colombiana*, 14 (23-40). Extraído el 13 de abril, 2013, de <http://www.ciencia-sociedad.org/wp-content/uploads/2012/05/Restrepo-O.-2009-El-Darwinismo-en-Colombia.pdf>
- Restrepo, O., y Becerra, D. (1995a). El darwinismo en Colombia. Naturaleza y sociedad en el discurso de la ciencia. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 19 (74). Extraído el 13 de abril, 2013, de http://www.accefyn.org.co/revista/Vol_19/74/547-567.pdf
- Restrepo, O., y Becerra, D. (1995b). “Lectio, disputatio, dictatio” en el nombre de la ciencia: una polémica evolucionista en Colombia. *Historia Crítica*, 10.
- Sáenz, J., Saldarriaga, O., y Ospina, A. (1997). *Mirar la infancia: pedagogía moral y modernidad en Colombia, 1903-1946* [vol. 1]. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Saldarriaga, O. (2004). La “Cuestión Textos” de 1870: una polémica colombiana sobre los Elementos de Ideología de Destutt de Tracy. En S. Castro-Gómez (Ed.), *Pensar en el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Schussheim, V., y Salas, E. (2002). *El guardián de los herbarios del rey. Jean Baptiste de Lamarck*. Bogotá: Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología Francisco José de Caldas (Colciencias), Alfaomega.
- Tirado, Á. (1996). Colombia: Siglo y medio de bipartidismo. En J. Melo (Coord.), *Colombia Hoy*. Bogotá: Presidencia de la República. Biblioteca Familiar Colombiana. Extraído el 1 noviembre, 2012 de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/col-hoy/colo6.htm>
- Tovar, L. (2013). Introducción a la religión y la ciencia en la escuela colombiana (1863-1930). *Nodos y Nudos*, 35, 35-46.
- Uribe, J. (1920). *Cuadros de la naturaleza*. Medellín: A. J. Cano.